

LA BAILARINA Y EL ESPELEOLOGO

Por Ignacio Rafael Ramos

En todos estos años practicando espeleología en varios lugares del planeta uno de mis principales dilemas ha sido el del entrenamiento previo. Correr, bicicleta, subir escaleras incluso algún que otro ejercicio de pesas se me han antojado, temporada tras temporada, como la mejor manera de preparar mi, cada vez más achacoso, cuerpo para las duras jornadas de prospección, exploración o simple transporte de impedimenta para tal o cual cometido.

No ha sido hasta este año 2014 cuando he tenido una revelación con respecto a este tema. Las casi cuatro horas de caminata que separan el campamento, que venimos usando durante los cuatro últimos años de exploraciones en la Sierra Negra del estado mexicano de Puebla, del vivac próximo a la boca de la TTM-28 ó TLANEXILOTL (por donde entra la luz) son una suerte de obstáculos dispuestos para hacer más difícil la vida del osado espeleólogo que decide partir a practicar su deporte favorito en esta tierra de naturaleza salvaje y enorme belleza.

El caso es que el lapiaz que debemos de recorrer está plagado de inestables formaciones calizas tapadas por vegetación que dificulta en mayor medida el periplo en el que se convierte nuestro transcurrir por este bosque húmedo de montaña, y nos obliga a practicar una especie de equilibrio sobre la punta de nuestros pies, buscando apoyo en el siguiente saliente. A lo largo del camino son pocos los lugares en los que se logra un apoyo completo del pie y resulta un alivio para nuestros sobrecargados gemelos.

Toda muchacha o muchacho que se quiere dedicar al arte del ballet clásico sabe que desde el primer día debe andar sobre las puntas de sus pies, hasta conseguir, después de muchos años de dura práctica, una perfecta técnica "en pointe", que le permitirá cuasi flotar sobre el suelo en una especie de levitación. Me atrevo a asegurar que el alivio-descanso que siente la bailarina cuando posa la planta completa de su delicada zapatilla se asemeja al que sentimos los espeleólogos cuando encontramos ese pedazo de terreno en el que posar nuestro talón y descargar la tensión de los músculos de la pantorrilla.

Espeleólogos del mundo, dejad de pagar costosos gimnasios, no malgastéis horas de bicicleta ni dinero en zapatillas para correr, llegaos hasta el estudio de danza clásica más cercano y empezad a preparar vuestra próxima expedición espeleológica y veréis que no sólo conseguiréis una mejor forma física sino que también mejoraréis la técnica de baile, útil en el momento más inesperado.

PD. Las casi cuatro horas de pateo dan para pensar en muchas cosas. No os toméis al pie de la letra esta reflexión fruto de la concentración necesaria para superar sin incidentes nuestro paseo por este lapiaz de la Sierra Negra.